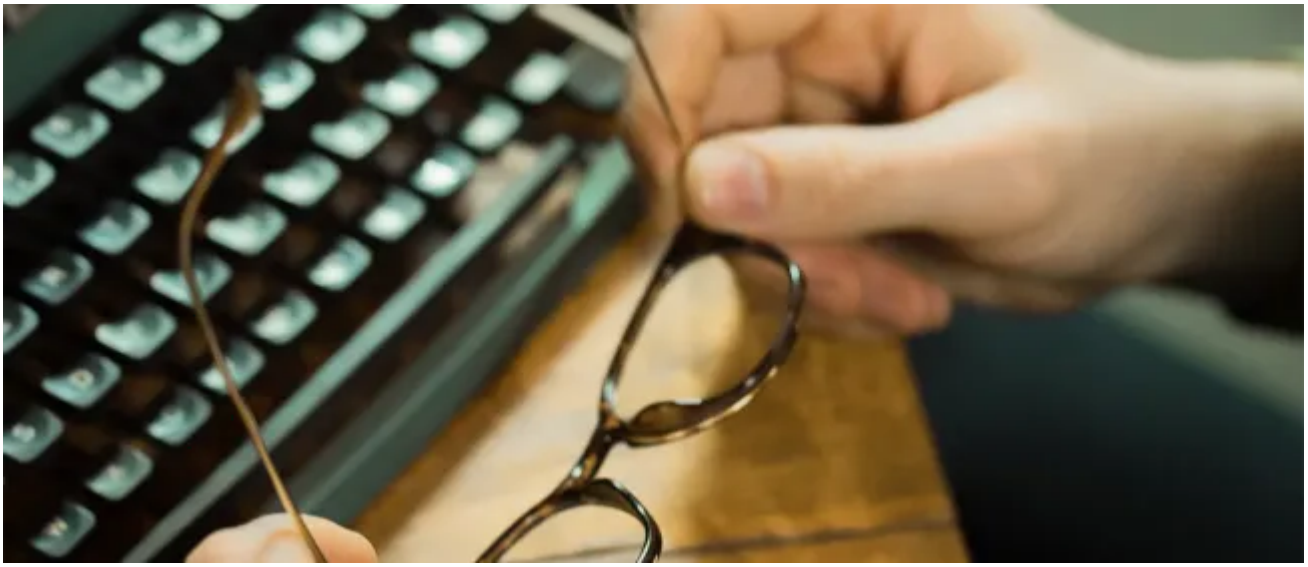
El año perdido de Venezuela



Tiempo de lectura: 9 min.

Eric Farnsworth

El 28 de julio de 2024, los venezolanos votaron abrumadoramente para elegir al candidato de la oposición Edmundo González como su próximo presidente. Después de años de fracaso económico, aumento de la criminalidad y opresión política que provocaron la huida de una cuarta parte de la población, los votantes agotados acudieron en masa para rechazar al brutal dictador Nicolás Maduro, a pesar de sus crudos esfuerzos por intimidarlos y desacreditar a la oposición. El resultado ni siquiera estuvo cerca: González recibió el doble de votos que Maduro según más del 80 por ciento de las actas impresas recopiladas, publicadas en línea y tabuladas manualmente por la oposición. Sus esfuerzos estratégicos de verificación expusieron la verdadera magnitud de la victoria de González y desvirtuaron las afirmaciones del régimen de legitimidad popular. Pero el gobierno de Maduro intentó activamente suprimir los resultados, ocultando actas y publicando sus propios totales improbables que afirmaban que Maduro había ganado con el 51.2 por ciento de los votos. En cuestión de horas, el régimen declaró la victoria y prometió reinstaurar a Maduro para un tercer mandato presidencial.

González ha huido del país, la líder opositora María Corina Machado está escondida, y numerosas otras figuras y partidarios de la oposición han sido exiliados, encarcelados o asesinados. Maduro sigue firmemente atrincherado, sostenido por el

férreo control de su régimen sobre las fuerzas de seguridad del Estado y la vasta riqueza petrolera y mineral de Venezuela, además de un ilegal tráfico de drogas. El régimen —que aún desea una apariencia de legitimidad electoral y confía en su propia longevidad— celebró elecciones estatales y locales en mayo. La oposición boicoteó estos comicios, preocupada con razón de que participar habría conferido legitimidad a un régimen que rechaza los resultados de las elecciones que pierde.

Venezuela es un verdadero enigma internacional. El país fue una vez una democracia estable situada en el corazón del hemisferio occidental. Pero durante el último cuarto de siglo, sus líderes —Hugo Chávez (1999–2013) seguido por su sucesor, Nicolás Maduro— dirigieron deliberadamente a Venezuela hacia el autoritarismo. Ahora es una “dictadura electoral” completamente consolidada. El país, que se asienta sobre las mayores reservas probadas de petróleo del mundo y otros recursos naturales, fue una vez el más rico de América Latina. Pero hoy, habiendo perdido más del 75 por ciento de su PIB, Venezuela es el hogar del peor desastre económico provocado por el hombre en la historia moderna de la región. La tragedia se deriva de una combinación de la ideología insípida del chavismo, el imperialismo cubano, la competencia entre grandes potencias y la codicia desmedida y la ambición política de sus gobernantes y sus compinches, quienes han saqueado el patrimonio nacional y reemplazado una democracia vibrante, aunque imperfecta, con una dictadura opresiva. La recuperación, si ocurre, podría llevar generaciones y requerirá enormes inversiones de capital.

Las elecciones han sido consideradas durante mucho tiempo la mejor manera de revertir los excesos del chavismo, incluso mientras el régimen reducía los espacios democráticos, amordazaba la prensa libre, utilizaba los recursos estatales para promover candidatos del gobierno y desplegaba una impresionante variedad de tácticas para asfixiar a los partidos de oposición y sus partidarios. A pesar de los riesgos obvios, la oposición se lanzó a impugnar las elecciones de julio de 2024 y a abordar los problemas sistémicos que habían debilitado los esfuerzos opositores anteriores. La Plataforma Unitaria Democrática, una coalición de partidos de oposición liderada por Machado, ofreció una alternativa unida, organizada y clara a Maduro. La obra maestra de la coalición fue desarrollar una estrategia para obtener y publicitar rápidamente los recuentos de votos mediante la ubicación de voluntarios en las mesas de votación de todo el país. La oposición publicó los resultados genuinos y superó al régimen, cuyos esfuerzos posteriores para encubrir el fraude fueron rápidamente vistos como ilegítimos.

El rechazo inmediato de Maduro a los resultados y su proclamación de victoria parecen haber tomado por sorpresa a Estados Unidos y a la comunidad internacional en general. Washington había desafiado a Maduro a celebrar elecciones en primer lugar, por muy poco libres o injustas que fueran, a cambio de un alivio de las sanciones, pero no logró preparar una estrategia para el “día después” en caso de que el régimen se negara a respetar el resultado. Altos funcionarios del gobierno de EE. UU., preocupados por el ciclo electoral de su propio país, prestaron insuficiente atención, y Maduro procedió a robar las elecciones de 2024 con impunidad. La administración Biden pidió la publicación de las actas para verificar los resultados, pero el gobierno de Maduro se negó previsiblemente a cumplir e instituyó su propia estrategia para el “día después” para suprimir la disidencia e intimidar a los ciudadanos para que aceptaran el resultado preferido por el régimen.

Rusia y China inmediatamente salieron en defensa de Maduro, al igual que su aliado clave, Cuba, mientras que el presidente izquierdista de la vecina Colombia se mantuvo evasivo. El intento más fuerte de resolver la crisis electoral provino del asesor presidencial brasileño Celso Amorim, quien permaneció en Caracas durante días después de las elecciones intentando negociar una solución, incluso proponiendo una repetición de las elecciones. Regresó a Brasilia cuando quedó claro que Maduro no tenía intención de ceder el poder.

El camino a seguir

Hay un camino hacia el cambio, si la comunidad internacional entiende que Maduro tiene un solo objetivo: permanecer en el poder, lo cual hará hasta que los costos superen los beneficios, y a menos que lo hagan. Y los beneficios para los miembros del régimen y sus compinches han sido muy altos. Si alguna vez vamos a ver a Maduro dejar el cargo, los costos de permanecer deben aumentar drásticamente.

Primero, Estados Unidos y otros países ya no deberían negociar el regreso de ciudadanos secuestrados por el régimen de Maduro. Como han demostrado repetidas negociaciones y repatriaciones de rehenes, reunirse con Maduro en la mesa de negociaciones solo alienta las ofensas repetidas; los rehenes son un recurso renovable. Asimismo, la creciente población de prisioneros políticos de Venezuela debe ser liberada de la custodia, incluido el notorio centro de tortura del Helicoide.

Segundo, Estados Unidos debe hablar con una sola voz y una sola voz sobre Venezuela, y trabajar en estrecha colaboración con el presidente electo González y sus representantes, a saber, Machado. Las estrategias contradictorias hacia Venezuela han hecho que la política de Estados Unidos sea poco clara, incluso incoherente, y los contactos directos con el régimen desempoderan a las fuerzas democráticas de Venezuela.

En tercer lugar, no se debe permitir que la causa venezolana se desvanezca de la atención internacional. Estados Unidos debería apoyar vocalmente un Premio Nobel de la Paz para Machado, la impulsora de la movilización masiva de la oposición que había sido la candidata presidencial elegida popularmente hasta que fue arbitraria e inescrupulosamente inhabilitada por el régimen. Machado sigue recibiendo reconocimiento mundial por su valentía —incluidos los premios Sájarov, Václav Havel de Derechos Humanos y Magnitsky al "Figura Destacada de la Oposición Política" en 2024— incluso mientras permanece escondida en Venezuela con su vida cada vez más en riesgo.

Finalmente, Estados Unidos debería amplificar sus esfuerzos para aislar al régimen venezolano. Amenazar con sanciones secundarias a los países que comercian con Venezuela envía una señal contundente; rastrear y sancionar la flota rusa de "barcos fantasma" que violan las sanciones debería ser una prioridad. Estados Unidos debe desarrollar nuevas formas de detener la salida de productos ilegales o robados que enriquecen al régimen de Maduro y sus partidarios. Congelar e incautar los activos financieros y bienes inmuebles en el extranjero en poder de los compinches del régimen y sus familias sería una medida poderosa. Otras acciones podrían incluir cortar el acceso de los funcionarios venezolanos a las redes sociales con sede en EE. UU., denegar los derechos de aterrizaje en terceros países a las aeronaves venezolanas y coordinar los esfuerzos regionales para contrarrestar las acciones cibernéticas agresivas de Maduro, como la vigilancia electrónica de miembros de la oposición y sus partidarios, facilitada por la tecnología china.

Mientras tanto, los países deben continuar sus esfuerzos en el frente legal hasta que Maduro abandone Venezuela. Las circunstancias no cambiarán significativamente hasta que lo haga. Estas acciones legales incluyen acusaciones contra funcionarios del régimen, especialmente ante la Corte Internacional de Justicia por crímenes de lesa humanidad, y recompensas monetarias ofrecidas por el Departamento de Justicia de EE. UU. para que los funcionarios rindan cuentas por narcoterrorismo, narcotráfico y corrupción.

Para una máxima eficacia, Washington no puede actuar solo. Una cosa es pedir a la Organización de los Estados Americanos que "haga más" por Venezuela o de lo contrario perderá la financiación de EE. UU., pero sin un mayor apoyo regional será difícil que la OEA actúe. Sin coordinación internacional, también será imposible perseguir y sancionar los transbordos de productos ilegales o congelar y confiscar activos ilícitos. Sin la colaboración, o al menos la aquiescencia, de vecinos como Brasil, Colombia y Guyana, cualquier acción de EE. UU. hacia Venezuela será mucho menos efectiva. Las políticas exteriores y económicas actuales de EE. UU., sin embargo, pueden dificultar dicha cooperación y coordinación regional.

Algunos observadores han planteado la posibilidad de acciones militares —incluidos ataques con drones para descabezar el régimen, asesinatos selectivos, acciones mercenarias e invasión abierta para derrocar a Maduro—. Pero estas serían poco prácticas, políticamente impopulares, en gran medida ineficaces para lograr la paz y la estabilidad a largo plazo, y contrarias a los valores e intereses de un país gobernado democráticamente, al menos sin un claro mandato internacional del Consejo de Seguridad de la ONU (donde China y Rusia ciertamente ejercerían su poder de veto). Este cálculo podría cambiar si el propio Maduro establece un *casus belli*, por ejemplo, invadiendo tontamente la vecina Guyana para hacer cumplir sus reclamaciones sobre la región del Esequibo, como ha amenazado periódicamente. Pero Maduro conoce las líneas rojas; tales acciones autodestructivas son poco probables.

Aun así, los esfuerzos continuos para separar el apoyo de las fuerzas militares y de seguridad del régimen, basándose en sus deberes constitucionales y su propio interés, son apropiados y siguen siendo un aspecto esencial para crear las condiciones que contribuirán a la restauración del camino democrático de Venezuela.

La realidad y la esperanza

A los venezolanos se les dijo repetidamente que cambiaran su situación a través del proceso electoral, que unieran a su oposición dividida y que salieran a las calles a exigir responsabilidades cuando todo lo demás fallara. Esto es precisamente lo que hicieron. Los líderes de la oposición se arriesgaron compitiendo en un campo de juego dramáticamente inclinado. Ellos y sus votantes arriesgaron sus vidas por este voto, y ganaron. Pero Maduro reprimió con dureza y hoy permanece en el poder, mientras que la comunidad internacional en gran medida ha seguido adelante.

Pero Venezuela es un país por el que vale la pena luchar, donde la democracia alguna vez estuvo y puede volver a estar. Las elecciones robadas de 2024 no deben ser la última palabra para la democracia venezolana. La pregunta ahora es si el mundo hará lo necesario para ayudar a impulsar un cambio positivo y sostenible.

Eric Farnsworth es Asociado Senior en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales y Director de la Asociación Venezolano-Americana de los Estados Unidos. Anteriormente sirvió en la Casa Blanca y el Departamento de Estado y dirigió la oficina en Washington de la Americas Society/Council of the Americas.

Julio 2025

Traducido por Gemini

https://www.journalofdemocracy.org/online-exclusive/venezuelas-lost-year/

Copyright © 2025 National Endowment for Democracy

ver PDF
Copied to clipboard